



CAROLINA ESSES
FLORA DE PERFIL

emecé

Carolina Esses

Flora de perfil

emecé

—¿Y?, ¿qué te pareció?

Laura me guiaba, de la mano, en dirección al escenario. La función acababa de terminar; algunos aplaudían, otros empezaban a abandonar la sala. Nos llegaban comentarios, palabras al azar: esto lo vimos, ¿cuántas veces? Yo caminaba a ciegas, las luces del escenario parecían el faro de una orilla inalcanzable. Ridículos, decía Laura, no tienen idea. Iba pegado a ella como una mosca. ¿Qué buscan? ¿Qué quieren encontrar en lo nuevo? Decime: ¿un tiburón inmóvil dentro de una pecera? Ya lo hizo Duchamp. Y estos se creen con la capacidad para juzgar, para decir que algo es demodé. Pensé en dar media vuelta, correr a la calle y subirme al primer taxi. Laura se apoyó en la puerta del camarín y la abrió con un leve vaivén. Sonrió con un gesto que ya no decía soy Licenciada en Artes, estoy hablan-

do de la vanguardia, puedo mostrarte el mundo del teatro, de la plástica, de la música a cambio de tu pija fuerte, disponible; sino otra cosa, mucho más dulce, más amable:

–Vení que te presento.

* * *

Ardor seguía vestida como en la función, pero ya no era esa gran esfinge dorada, esa majestad enfundada en lamé. Ahora se movía con la soltura de un varón, incluso sobre los zapatos de taco alto, abiertos a la altura de los dedos, esos que llaman boca de pez. Me extendió la mano. Felicitaciones, le dije, un éxito. ¿De verdad? ¿Le parece? Nos tratábamos de usted aunque quedaba claro que éramos de la misma generación, su vestido de escamas doradas, mi traje azul nos delataba. Claramente ya habíamos pasado la barrera en la que esos pocos años hacen algo de diferencia. Dije enfático: pero sí, claro, un éxito rotundo; la platea llena, la gente aplaudió de pie.

No le tengo miedo a los comienzos difíciles. Quiero decir: estoy dispuesto a remarla, a ti-

rar para adelante, soy capaz de hacer un esfuerzo. Puedo, por ejemplo, escuchar con atención todo lo referente a cortes, fundidos a negro, posibles errores de guion si la mujer en cuestión es cineasta, o detenerme en la diferencia entre un perno elevador y uno de paso si trabaja en una ferretería. Lo puedo hacer. De hecho, a veces, termino por interesarme. Se podría decir que tengo una vasta cultura general a esta altura. Que soy capaz de hablar sobre cualquier cosa. Sin embargo, muy pocos temas me interesan. Me ha pasado estar en la oficina, los teléfonos sonando, la mirada atenta al pulso del índice Merval, a líneas que suben y bajan taquicárdicas, y decir, Dios, qué estoy haciendo. Más de una vez me lo hicieron notar. Me dijeron: se ve que estás pensando en otra cosa o, directamente, una garra me tomó del brazo, me interpeló. Se me pone la mente en blanco. Es un instante de desconexión. Milésimas de segundo que tardeo en reaccionar. Cuando vuelvo, muchas veces ya es tarde. Por suerte, quienes han perdido pequeñas fortunas por mis descuidos suelen entenderme; ellos también se quedan con el palo de golf en la mano, mirando hacia el horizonte, preguntán-

dose cómo seguir. Así que me palmean el hombro: una mala, por cuántas buenas.

La sala parecía dispuesta para recibir a una docena de periodistas. Había una mesa con sanguichitos de miga, una canasta con frutas, una hieiera en la que flotaba, sumiso, el champagne. Pero estábamos solos. Era como si ya se supiera que las manzanas, las bebidas, el queso, iban a terminar intactos en el baúl de un auto a la salida del teatro. No era difícil de imaginar: el esmalte de las uñas ya cascado, las botellas transpiradas, sin abrir, y una vez en su casa Ardor bajando todo, apoyando ese elenco inútil sobre la mesada, debajo del haz de luz de una bombita eléctrica. Qué equivocado estaba. Un segundo, un instante me sirvió. ¿Qué podía importar la ausencia de notas en *La Nación*, *Clarín*, *Página/12*? ¿Qué podía importar que los suplementos más jóvenes, esos en los que los editores desfilan con sus jeans rotos y su mala cara, lo ignoraran por completo? Lo importante era ella. Única espectadora de un show que, entendí en seguida, Ardor orquestaba desde el vamos para su aprobación o su rechazo. Venía del brazo de un periodista bastante mayor que entró al grito de tanto tiempo y qué be-

lleza. Ella sonreía. Ambos sonreían. Todos sonreíamos. Pero a diferencia del nuestro, el gesto de Ardor era la prolongación del de ella: sonreía porque ella lo había hecho primero, porque estaban comunicados por algún hilo invisible pero indestructible; sonreía porque ahora ella le acariciaba lentamente la espalda, ahí donde el vestido era puro escote, una gota que se agranda, cae y lentamente se derrama.

Laura la abrazó. Una locura el espectáculo, le dijo, increíble.

Ahí fue cuando me miró. Un instante: nada. Después caminó hasta la barra, una paloma grácil abandonada por todas las demás. Laura se había encontrado con alguien, porque de pronto en la sala había tres, cuatro personas más demostrando lo equivocado que había estado unos minutos antes, lo poco familiarizado que estaba con este tipo de situación; en definitiva: la escena era vertiginosa, pedía ritmo. Así que la seguí. No me acuerdo qué fue lo que le dije, pero me estoy viendo: me acerco a la barra justo cuando ella, del otro lado, se agacha y puedo ver la curva de las caderas: un lugar donde podría morir. Está buscando algo, un destapador, una cerveza, algo,

y yo le hago un comentario intrascendente, una pavada que no tiene nada que ver con Ardor sino con ella, con la noche afuera, algo que la hace reír y entonces vuelve a verme, me dice su nombre y yo ya no puedo pensar en otra cosa, jamás podré pensar en otra cosa; vamos en el auto con Laura, me hundo en su piel como si estuviese a punto de acabarse el mundo pero ya tengo el germen dentro, el germen de haber sido desnudado y vuelto a vestir, una y otra vez, en un loop infinito, siempre por Flora.

* * *

A veces nos encontrábamos a la salida de la oficina. Laura tenía ese descuido calculado que la convertía en la embajadora del under —aunque me dijera, el under no existe más, mi amor, hace años que no existe—, y se sonrojaba cuando en medio de la elegancia de Arroyo la recibía con los brazos abiertos como un Cristo.

Me acuerdo de una vez. Era una de esas noches en las que cerraban la calle y las galerías de arte quedaban abiertas hasta cualquier hora. No había podido sacarme de encima a dos de la fi-

nanciera, y cuando la vi llegar con el flequillo al ras, el pelo negro rozándole los hombros y un tapado verde loro largo hasta los pies grité, sí señores, el under vive, para después presentarla como mi maestra particular de arte alternativo. ¿Cómo se porta el alumno?, decían los muchachos felices de que alguien los sacara del desierto de bonos y acciones. En un momento, uno agarró una taza, le puso la servilleta arriba, la agujereó con la cuchara y preguntó: ¿qué te parece mi obra de arte? Habíamos empezado a tomar a las cuatro de la tarde y ya eran las siete, la gente colmaba la calle, todos salían al mismo tiempo, pretendían una mesa, un trago, algo que les arrancara un poco el olor a testosterona; la mirada de esos gráficos en los que hacían cumbre y después bajaban a los tumbos para volver a subir con el esfuerzo de mil bueyes, todo en el mismo día y sin despegarse de la silla. Entraban a los bares a los empujones, parecían decir: somos los hacedores del capital, merecemos nuestra cuota de alcohol y arte. Laura respondía con monosílabos. Uno tuvo el buen tino de nombrar a León Ferrari y ella levantó la vista, quizás haya pensado que ahí había un interlocutor, pero el

tipo disparó algo sobre el respeto a la religión y Laura sonrió, se le hacía tarde, mejor lo dejábamos para otro día.

Con razón, ahora entiendo todo, decía mientras corríamos para llegar a cruzar la avenida. Qué importa que a tu viejo le gustara el arte, que hayas tenido una madre poeta. Estos tipos te tiran todo abajo. Cinco minutos más y me aplastan a mí también como un camión cisterna. Yo me reía, le había aclarado mil veces que lo que verdaderamente le gustaba a papá era jugar a los dados, que la única vez que tuvo un cuadro en las manos fue cuando empeñó una minúscula obra de Fader —¿sería de Fader?, no lo sé, pero es el nombre que me viene a la mente ahora— que mamá había heredado de un pariente. Insistía: ¿no jugaba al bridge tu papá? Y era más una afirmación, como si me dijera, lo que tendría que haber hecho el padre de un tipo como vos es, por lógica, jugar al bridge. A ver, le volvía a explicar, si mi papá hubiese jugado al bridge, yo no estaría las veinticuatro horas del día pensando la manera de sacarle ventaja a cada dólar; no estaría a merced de informantes que me hacen saltar de la cama a cualquier hora porque se in-

cendia la Casa Rosada; estaría tirado en una re-
posera en una quinta en Pilar, en un campo en
Pergamino. Lo decía, sí; pero ahora no estoy tan
seguro. Quizás el padre de ese supuesto dandi,
por más bridge y campos que tuviera encima,
en algún giro de la rueda, también, habría per-
dido todo; quizás habría arrojado a su hijo, ya
de chico, en la parte más honda del mundo para
que aprendiera a mover brazos y pies como un
mono con tal de salir a flote. Así era, de verdad,
como papá enseñaba a nadar: te tiraba a la pile-
ta del club y, gesticulando en el borde, daba ins-
trucciones. Si la cosa se complicaba, se metía en
el agua y agarrándote de las axilas, volvía a tirar-
te. Quedabas a unos metros, pedaleando en ese
vacío acuático, al alcance de su mano pero tam-
bién completamente solo. ¿Sirve de algo la his-
toria de cada uno? Alguna vez escuché en la te-
levisión a un sociólogo decir que una biografía
no es más que un montón de ruinas: ruina sobre
ruina sobre ruina. Lo comenté en la oficina, in-
cluso, para que entendieran los recién llegados.
Si hay algo, ese algo se desmorona a medida que
pasan los años, se cae, como si implosionara y ¡a
vivir dentro de ese derrumbe!